



Gandhi en la Gran Vía

Miles de vascos pidieron en silencio una oportunidad para la paz

JON AGIRIANO/DV. BILBAO

Cuando faltaba un cuarto de hora para que comenzara la manifestación, tan sólo unos cientos de personas se arremolinaban en torno al hotel Villa de Bilbao, mientras los voluntarios de Gesto por la Paz trasegaban con sus pancartas y sus bolsas de pegatinas.

Las autoridades iban llegando y el público presente rompía el silencio con sus aplausos. Juan María Atutxa, como es habitual, se llevó la ovación más sentida. En el ambiente, sin embargo, se palpaba una sombra de inquietud. No había gente. El mal presagio tardó diez minutos en desvanecerse. A las cinco y media, una multitud ocupó de repente la Gran Vía, desde más allá de la plaza Federico Moyua hasta el Sagrado Corazón.

A todos les guiaba la misma razón. Mar Lecumberri y Alejandra Sancristóbal, dos estudiantes de BUP del colegio alemán, llegaron desde Getxo para pedir paz con su presencia. «Vienes para que se enteren de que ya vale, de que ya está bien, de que esto es horrible y no puede continuar así», expli-

caba Mar. Las dos amigas llevan años manifestándose por las calles de Bilbao. La última vez, protestaron contra la xenofobia.

«No sé muy bien si salir a la calle sirve para algo, esa es la verdad. Pero lo que está claro es que quedándote en casa no haces nada», aseguraba Alejandra. Armando y José Luis, dos sesentones de Barakaldo, militantes del PNV, eran de la misma opinión. Frente al hotel Villa de Bilbao, con txapela y barbour, parecían recién salidos de misa de doce. «A esa gente le da hay que salir a decirle estas cosas, a ver si recapacitan. Deberíamos manifestarnos



Juan María Atutxa, el lehendakari Ardanza y la esposa de éste, Gloria Urriaga./TELEPRESS

en todos los pueblos», decían.

Las enseñanzas de Ordóñez

La manifestación se puso en marcha con la parsimonia de un gigante. Entre el gentío, caminando en silencio con sus camaradas de

partido, Eugenio Damboriena y Carmen Nagel, concejales del PP en el Ayuntamiento de San Sebastián, comenzaban a predicar las enseñanzas de Gregorio Ordóñez. Elena Azpiroz y Roberto Fernández, sus otros dos compañeros

en la corporación, no habían tenido el ánimo suficiente como para acercarse hasta Bilbao. «Roberto se ha venido abajo. Ha aguantado bastante bien estos días, pero hoy no ha podido más», confesaba Damboriena, que no quiso perderse esta cita silenciosa con la paz. «Estoy destrozado. ¿Se me nota, verdad? Pero he venido porque pienso que no hay que dar tregua a estos bastardos. Hay que cerrar filas».

Eugenio Damboriena, que ha sustituido a Ordóñez como teniente alcalde de San Sebastián, quiso dejar claro, no obstante, que el escaño del político asesinado quedará vacío en el salón de plenos del consistorio donostiarra. «Queremos que esos canallas, cuando vean su silla vacía, recuerden que han asesinado a un representante del pueblo». Cerca de él, Carmen Nagel caminaba emocionada. «Estoy aquí porque esto es lo que Gregorio hubiera querido que hagamos».

Pancartas llamando a la paz roturaban la multitud

La multitud avanzaba despacio. Eran decenas de miles de sueños de paz reunidos por el recuerdo de la muerte de Gandhi. Uno de ellos era el de Ander Susaeta, el ertzaina apaleado durante la Semana Grande de 1993. «Parece mentira que todavía tengamos que estar manifestándonos por esto, que todavía no haya paz en este país», comentó, antes de extraer del bolsillo un trozo de papel. Había escrito en él un verso de Petrarca: *La razón habla, el sentido muere*. «Eso es lo que necesitamos, que la razón hable».

Durante todo el trayecto no se coreó ninguna consigna. El silencio era demasiado elocuente. Iñigo Junkera repartía pegatinas con el lema *Construyendo la paz*. Decía estar «algo mosqueadillo». «Me parece maravilloso ver a tanta gente, pero me duele saber que, si no llega a

ocurrir lo de Gregorio, aquí no estábamos ni una cuarta parte. Y la paz hay que pedirla siempre».

Las pancartas llamando a la paz roturaban la multitud mientras la cabeza de la manifestación llegaba a la plaza de España y la cola dejaba atrás la calle María Díaz de Haro.

La manifestación concluyó tras dos horas de marcha, en la plaza del Ayuntamiento. Un miembro de Gesto por la Paz leyó un comunicado en el que recordó el legado de Gandhi y el inicio del Año Internacional de la Tolerancia. Justo, un jubilado, no alcanzaba a escuchar estas palabras desde la esquina de Buenos Aires con la calle Villarías. Raspando el metro sesenta, ni siquiera llegaba a ver la grandeza del gentío. «Mucha gente no?», preguntaba a los más cercanos. «Sí, sí, muchísima», le respondían. Y Justo sonreía.